

El nuevo orden económico internacional: Un proceso político

Guillermo Maldonado-Lince

La coyuntura internacional

La convicción profunda de que es necesario cambiar un sistema de relaciones económicas internacionales, a todas luces injusto, de beneficio solamente para sus creadores, tuvo su culminación en la Sexta Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas, -Abril/Mayo de 1974- en la cual se adoptaron dos resoluciones de particular trascendencia política: la una expresa el deseo de toda la comunidad internacional de trabajar en conjunto para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional y, la otra, esboza un Plan de Acción, necesario para su implementación.

Pero, estas dos resoluciones de la Asamblea General son el resultado de todo un proceso. Significan el final de una etapa de vertiginosos ritmos de crecimiento de las economías desarrolladas, de espectaculares avances en el campo de la ciencia y de la tecnología, de la multiplicación y agigantamiento de las empresas transnacionales y del paulatino agotamiento de un modelo de crecimiento basado en altos índices de inversión, productividad y consumo masivo. El Canciller alemán federal, Helmut Schmidt, al señalar los principales problemas de la economía mundial de hoy expresa que: "...El primero es la noción general en la mayoría de los países, incluyendo los países comunistas, los países en desarrollo y desarrollados, a consumir más de lo que producimos y a llenar la brecha imprimiendo dinero. Esto conduce a políticas monetarias inflacionarias, así como a políticas fiscales inflacionarias"¹.

Hay conciencia en el mundo industrializado ya sobre los riesgos que implica la sociedad de consumo, pero, el elemento más importante en el cuadro actual es el ciclo recesivo por el que atraviesan los principales países industrializados de economía de mercado, la cual dista mucho de ser coyuntural para convertirse en estructural y permanente, al no poder esos países conciliar, por la vía de políticas ortodoxas, los objetivos de pleno empleo y estabilidad de precios.

"En el curso de la década de 1970 el comportamiento de la economía internacional se modificó radicalmente. El crecimiento de la producción y el comercio mundiales se redujo a cerca de la mitad del experimentado hasta 1973, los precios están subiéndose a tasas cuatro o cinco veces mayores que hasta entonces, los

¹ "Time Magazine", June 11, 1979.

desequilibrios de los pagos internacionales se han agudizado y provocado alteraciones sin precedentes en las paridades del dólar y de las otras monedas principales². Esta parecería una buena síntesis de lo que estamos viviendo en estos días y años, vivencias y hechos que tienen profundas raíces en los procesos económicos y políticos que han tenido lugar, tanto en los países industrializados, socialistas y en desarrollo, durante los últimos treinta años.

Si es frecuente oír hablar de recesión, crisis, tensiones sociales, etc., en los países desarrollados, es lógico suponer que la crisis de la economía internacional esté afectando de manera aún más severa a los países en desarrollo que son economías frágiles, dependientes e incorporadas al circuito económico mundial por la vía de sus relaciones con los países desarrollados. Más aún, si lo que se espera para el inmediato futuro es un período de crecimiento relativamente lento, tal vez agravado por nuevas recesiones, tal como lo sostienen las previsiones hechas por la OCDE y las recientes declaraciones formuladas por los jefes de Estado de las siete principales potencias industrializadas del mundo en el **summit** de Tokyo.

El siguiente cuadro puede ilustrar las afirmaciones hechas:

Hay otro hecho, dentro de la crisis en que se debate la economía de los países industrializados, que puede tener serias consecuencias: es la baja sensible en la tasa de inversión, lo cual "no sólo afecta los niveles anuales de actividad, contribuyendo decisivamente a mantener o a agravar los problemas del desempleo, sino que significa que la base material y técnica que se ha estado creando en estos años no permitirá, seguramente, obtener en los años futuros los ritmos de aumento en la producción y en la productividad que se lograron en la década pasada. En efecto, el comportamiento real que han tenido las inversiones en los últimos años ha sido como sigue:

Como puede observarse, la tasa de crecimiento de la inversión interna bruta para el conjunto de los países industrializados se ha reducido a la octava parte de lo que fue en la década de los 60³.

Dentro de esta etapa de posguerra ha tenido una importancia decisiva el llamado "sistema trilateral" que agrupa a diversos sectores del gobierno, la política y los negocios en América del Norte, Europa y el Japón. Este sistema realiza, dentro de su seno, no menos del sesenta por ciento del comercio y de los pagos mundiales. Su razón de ser y sus objetivos han sido motivo de muchas especulaciones y comentarios, pero para los efectos de este trabajo, baste decir que es la resultante de un fenómeno de interdependencia entre las naciones industrializadas que necesitan de un foro donde puedan "negociar" sus desacuerdos internos y donde

² Aldo Ferrer, "La Economía Internacional desde una perspectiva latinoamericana". SELA. Mimeo. Junio de 1979.

³ Relaciones de América Latina con la CEE. Propuesta de la Secretaría Permanente. SELA. Mimeo, octubre de 1978.

puedan concertar una posición común en materia de política económica. Es, además, signo evidente de que hay una declinación de la hegemonía norteamericana, la cual ha dado paso a la dispersión del poder mundial y a la necesidad de aunar criterios y acciones frente a los problemas que se plantean dentro de cada una de esas sociedades y en el resto del mundo.

Por su parte, los países en desarrollo han afirmado su posición durante los últimos treinta años. De un mapa esencialmente colonial, tenemos ahora más de 110 Estados independientes. De constituir sólo reservorios inagotables y de precio reducido de materias primas, de mercados crecientes para las exportaciones de los países industrializados, las naciones del Tercer Mundo gravitan cada día más en la escena internacional. Sus conflictos internos rebasan rápidamente las fronteras nacionales y, en oportunidades, constituyen causa de enfrentamiento y forcejeo entre las superpotencias. Entre los países en desarrollo hay algunos que han conseguido una reivindicación y soberanía plena sobre sus recursos naturales, lo cual ha distorsionado el marco tradicional de relaciones centro-periferia. Otros comienzan a colocar, con ventajas ciertas, sus manufacturas en los mercados de los países industrializados, lo cual ha desatado nuevas medidas proteccionistas, atentando contra el "sagrado" principio del libre juego de fuerzas del mercado como el mejor medio de asignar recursos, pues están en vigencia cupos, cuotas, restricciones voluntarias a la exportación, etc., todo lo cual atenta contra el objetivo de liberalizar al máximo grado posible el comercio internacional.

Los efectos del nuevo proteccionismo han sido analizados en distintos foros internacionales y en las Negociaciones Comerciales Multilaterales en el seno del GATT, pero como hasta hoy no existen posibilidades de solución, éstos constituyen una arista difícil de limar en las relaciones y en el diálogo Norte-Sur. El Canciller de Alemania Federal, Helmut Schmidt, al referirse a este punto expresó: "un número de países en desarrollo produce actualmente su propio acero, y sus propios barcos, para no mencionar sus propios textiles. Esto nos ha enfrentado a la necesidad de una amplia reestructuración de las capacidades industriales y de las habilidades profesionales. Este proceso no marcha lo suficientemente rápido"⁴. Valdría la pena decir, como comentario, que a la lentitud de ese proceso se ha opuesto la rapidez e intensidad que tienen las medidas proteccionistas en los mercados de los países desarrollados. Esto puede probarse suficientemente, no sólo con las estadísticas y los convenios bilaterales de restricción a las exportaciones, sino con la existencia de un Sistema Generalizado de Preferencias lleno de obstáculos y de escasa cobertura en cuanto a productos, así como con la marginalidad de las concesiones hechas a los países en desarrollo durante la rueda Tokyo en el GATT.

Las prioridades del mundo desarrollado

⁴ "Time Magazine". June 11. 1979.

Esta década de los años 70 y la crisis por la que atraviesa la Economía Mundial han tornado más transparente aún el sistema transnacional de poder y la presencia del capital e intereses extranjeros en áreas vitales de la producción y comercialización de los recursos naturales y del proceso de industrialización de nuestros países. Existe la necesidad inaplazable de que las empresas transnacionales operen no solamente en su propio beneficio, sino en el de los países en desarrollo. También como una manifestación de su presencia política internacional cada vez más importante, las naciones en desarrollo han planteado el control de las actividades de las transnacionales, a través de un Código de Conducta que se negocia en las Naciones Unidas y cuyos progresos han sido marginales, sobre todo, cuando se trata de lograr acuerdo sobre la naturaleza jurídica obligatoria que tal Código de Conducta tendría.

Pese a reiteradas declaraciones de orden político, las relaciones Norte-Sur y el diálogo necesario para el establecimiento de un nuevo sistema de relaciones económicas internacionales, parecen ser marginales para las naciones industrializadas. Han dicho en más de una de sus reuniones en la cumbre que el progreso y la paz no se alcanzarán si los países en desarrollo no participan activamente de los beneficios de la economía mundial. Sin embargo, los asuntos a los cuales vuelcan toda su atención son, entre otros los siguientes:

- el problema de los crecientes precio del petróleo crudo, al cual asignar responsabilidad primaria de la recesión que afrontan, lo cual no es real
- mantener en funcionamiento el sistema trilateral
- el necesario equilibrio del poder militar Este-Oeste. En los últimos tres años parecería haber una regresión a las épocas más rígidas de la guerra fría en la disputa ideológica y en las de zonas de influencia para cada una de las grandes superpotencias. Un mundo atónito se enteró hace algún tiempo que los países miembros de la OTAN habían decidido gastar la suma de cien mil millones de dólares para incrementar su poder militar. Por otra parte, el volumen que ha alcanzado el comercio mundial de armamento rebasa ya los trescientos mil millones de dólares, siendo las naciones en desarrollo clientes de gran importancia. Por ejemplo, los Estados Unidos vendió en 1978 más armamento a lo países en desarrollo que en época anteriores. Estos datos contrastan dolorosamente con la persistente negativa de los Estados industrializado para cumplir con la meta de asignar el 0.7% de su PNB como asistencia oficial para el desarrollo, compromiso adquirido en el marco de las Naciones Unidas.

En este breve recuento, no puede deja de mencionarse como hecho de singular importancia, el cambio tecnológico, el cual tiene repercusiones, inclusive, en el campo militar y amenaza el equilibrio bélico. Tal el caso de las aplicaciones de complejo electrónico a la producción de sofisticadas armas. Este cambio debe ser tenido muy en cuenta para prever la tendencias futuras de la economía mundial y

la nueva división internacional de trabajo que pueda surgir, eventualmente de la implantación paulatina de un nuevo sistema de relaciones económicas internacionales. Hacia adelante, los países en vías de desarrollo desearían que exista un redespigüe de las industrias en las cuales tienen ventajas comparativas hacia sus territorios, pero también desearían ver cerrarse de alguna manera la brecha tecnológica y tener participación en la producción de bienes de la más avanzada tecnología. Es decir, no una complementación solamente intersectorial entre países desarrollados y en desarrollo, sino además intrasectorial. Es en este preciso campo donde está el nudo gordiano de la situación de dependencia en que nos encontramos.

Hay que subrayar la importancia de un fenómeno que surge durante esta última década: la dispersión del poder mundial. La emergencia de Japón y Alemania Federal, así como ciertas naciones en vías de desarrollo, debilitaron la hasta entonces, indiscutida posición hegemónica de los Estados Unidos. Esto abre la posibilidad para que los países en desarrollo puedan escoger tecnología y financiamiento en diversos centros, lo cual les da una mayor libertad relativa a las políticas y a los proyectos políticos nacionales. Hay una creciente competencia entre los propios países industrializados, lo cual, de alguna manera, mejora el poder de negociación de las naciones en desarrollo en sus transacciones externas. Al respecto, Aldo Ferrer expresa que "la dispersión de poder dentro de la economía internacional contemporánea se aprecia claramente si se compara la situación actual con la vigente hasta la Segunda Guerra Mundial y con la que aún prevalece en algunos sectores 'tradicionales'. En los mercados de minerales (cobre, estaño, bauxita y otros), en la producción y comercialización de petróleo, en la comercialización de las carnes y en otras áreas predominaron tradicionalmente combinaciones oligopólicas que regulaban las condiciones de producción, los precios y la distribución del ingreso entre los agentes de la producción y el sector público. Dada la gravitación creciente del comercio de manufacturas y de las inversiones en la industria dentro de las transacciones internacionales de posguerra, las concentraciones oligopólicas son menos frecuentes y el poder económico está más disperso. En las condiciones actuales prevalecen aún condiciones oligopólicas en los mercados de ciertos productos básicos, pero las políticas de los miembros de la OPEP y la nacionalización de la explotación de los recursos naturales en varios países en desarrollo han contribuido a modificar las situaciones prevalecientes hasta no hace mucho tiempo. En otros términos, la concentración del poder económico, el control de las plazas financieras y la asimetría del poder negociador, eran mucho más marcados dentro del modelo tradicional centro-periferia que en las condiciones contemporáneas"⁵.

Hay otro rasgo que caracteriza la situación que actualmente vivimos. Hay una restricción apreciable en el campo de acción unilateral de las grandes potencias. Ejemplo claro, el reciente de Nicaragua, donde Estados Unidos, pese a su deseo

⁵ Aldo Ferrer. *Op. cit.*

de obstaculizar, mediante la intervención armada, el triunfo sandinista, enfrentó la autodeterminación del pueblo nicaragüense y la oposición de otros países latinoamericanos. Es de esperarse que los países en desarrollo sepan utilizar en su beneficio esta limitación del poder de los grandes centros para avanzar en la construcción del nuevo orden internacional.

Un duro presente para los países del Tercer Mundo

Otra realidad, ésta agobiante para los países en desarrollo, dentro del cuadro actual de crisis, es el cuantioso aumento del endeudamiento externo. Al deterioro de los términos del intercambio que se opera en su contra, vienen a sumarse la inflación y el proteccionismo de las naciones industrializadas que impide el creciente acceso de nuestras manufacturas a sus mercados, lo cual reduce sustancialmente nuestro poder de compra, en términos reales. Para mantener en funcionamiento su economía y una tasa aceptable de crecimiento económico, los países en desarrollo han acudido en bloque al endeudamiento externo, el cual, obviamente, ha estado disponible como resultado, en buena medida, de la baja tasa de inversión registrada en las naciones industriales. El excedente no utilizado se ha convertido en una enorme masa de liquidez internacional, en particular, de euromonedas, fuente a la cual han tenido fácil acceso los países en desarrollo. En lo que a América Latina respecta, al analizar la estructura del endeudamiento externo, se observa un rápido crecimiento de la banca privada internacional como fuente, en reemplazo del capital público y del crédito de proveedores.

Por otra parte, los países en desarrollo que están agobiados por el servicio de su deuda, que a veces les demanda la utilización de más de la mitad de sus ingresos anuales de divisas por exportaciones, recurren normalmente a las facilidades financieras disponibles en el Fondo Monetario Internacional. Es entonces cuando reciben, como contrapartida de sus solicitudes, la ya clásica receta para aplicar políticas que, en general, tienen un elevadísimo costo social. En América Latina hay varios y recientes ejemplos de esta naturaleza.

En esta revista, muy general y rápida de la situación internacional, hay que destacar el negativo efecto que ha tenido la decisión unilateral de los Estados Unidos que, en agosto de 1971, echó por tierra, de un solo plumazo, el sistema monetario creado en Bretton Woods. En las medidas que posteriormente se han planteado, en las políticas que se aplican y en la lucha por una reforma sustancial al sistema monetario, poca o ninguna voz han tenido y tienen los países del Tercer Mundo. Esta es materia reservada sólo para las grandes naciones industrializadas.

Junto a estos hechos, el funcionamiento del sistema trilateral, la ampliación de las actividades de las empresas transnacionales a escala planetaria y el monopolio de la información internacional en manos de cuatro agencias transnacionales de noticias, han generado en nuestras naciones un modelo de desarrollo imitativo.

Pensamos y creemos que desarrollo es hacer lo que han hecho los países centrales. Este modelo requiere, para su adecuado funcionamiento, de la concentración del ingreso en pocas manos, de la imbricación de sectores de la sociedad a interés transnacional y de una creciente represión a las muy amplias capas de la población que están marginadas cada vez más de los beneficios del progreso. Es indispensable que nuestro modelo sea endógeno, que responda a las expectativas y a la satisfacción de las necesidades fundamentales de nuestra población, a una mejor calidad de la vida, a una nueva visión del mundo y respete nuestras propias identidades culturales.

En relación con el papel que tiene la información en el modelo transnacional Juan Somavía, Director del ILET, expresa que a las agencias de noticias, como fruto de la Conferencia sobre la libertad de información, celebrada en Ginebra en marzo-abril de 1948, "se les ha reconocido el derecho a seleccionar de entre los múltiples eventos nacionales e internacionales, aquello que debe transmitirse para que sea conocido por el mundo entero. Las agencias se han transformado así en jueces de la realidad... Su papel específico dentro del sistema transnacional, es equivalente al que desempeñan los faros de un automóvil: iluminar la vía, ubica los signos de peligro y cambios en la ruta, informar a los conductores del sistema sobre aquello que se relacione con sus intereses, encandilar a los peligrosos, ayudar a escoger el buen camino. Físicamente como los faros de un auto, son pequeños pero determinantes; sin su valiosa información el sistema pierde operatividad y eficiencia y corre el riesgo de estrellarse contra situaciones imprevistas. Así, el sistema de comunicaciones cumple su función principal: la de penetrar culturalmente al ser humano para condicionarlo de modo que acepte los valores políticos, económicos y culturales de la estructura transnacional de poder"⁶.

Respecto de esa concepción nuestra de, que desarrollo y bienestar son sinónimo de lo que los países industrializados ha hecho o conseguido, el profesor Richard L. Clinton, Vicedecano y profesor de Ciencias Políticas del College of Liberal Art en la Universidad del Estado de Oregón (USA), escribió un artículo en el que expresa: "... Para elaborar un concepto de desarrollo parecería que, en el mejor de los casos, la mayoría de nosotros combina ciertos aspectos de la modernización, la industrialización y la occidentalización. Mas a menudo tendemos a pensar en el desarrollo económico (o, peor aún; en el simple crecimiento económico) como si fuese lo único que importa. Con mucha frecuencia partimos simplemente de un concepto etnocéntrico: ser desarrollados es ser como nosotros. En otras palabras, nosotros somos el ejemplo del desarrollo, y los otros países serán tanto más desarrollados cuanto más logren parecernos". Siguiendo en el desenvolvimiento de sus tesis, el profesor Clinton afirma que los problemas que enfrentará América Latina para alcanzar el desarrollo imitativo de los países ya industrializados, son básicamente dos. "Debido a que su población es muy joven y crece muy rápidamente, lo cual determina un alto índice de dependencia,

⁶ Juan Somavía. "La estructura transnacional de poder y la información Internacional". En "La información en el nuevo orden internacional". Instituto de Estudios Transnacionales. ILET. México. Págs. 33 y sgts.

América Latina debe consumir la mayor parte de lo que produce. Por tanto, cada vez se le hará más difícil acumular capital para invertir, así como (dada su necesidad de importar alimentos) generar las divisas necesarias para complementar las escasas fuentes energéticas fósiles con combustibles importados para mantener en funcionamiento una economía muy industrializada. Sin embargo, para que América Latina pueda reducir los actuales niveles de desnutrición, la mortalidad infantil y de otras formas de sufrimiento humano **debe** encontrar la manera de dar empleo a olas de jóvenes que ingresan cada año a la fuerza de trabajo. Sostengo que **ese** es el intrincado nudo básico que debe desatar una política de desarrollo de América Latina"⁷.

Esta es, a grandes rasgos, la situación presente. Este es el orden que está en crisis. Este es el sistema de relaciones económicas internacionales que todos los Estados, desarrollados o no, capitalistas o socialistas, reconocen como injusto, inequitativo y que es necesario cambiar. Ante los hechos descritos, no tiene asidero la tesis de que lo mejor que les puede pasar a los países en desarrollo, y con ellos a los de América Latina, es que las naciones desarrolladas se recuperen de la crisis por la que atraviesan y que nos arrastren en su prosperidad. Y no tiene asidero, porque esa prosperidad se encuentra muy lejana, como ya lo hemos señalado en páginas anteriores. Incluso, el Presidente Carter anunció, a su regreso de Washington luego de la "cumbre" industrializada en Tokyo, que a los Estados Unidos le espera una nueva recesión en vista del alza de los precios del petróleo. Anunció, además, el aumento de la inflación y que quedarán cesantes cerca de 800 mil trabajadores.

Sin embargo, por paradójal que parezca a primera vista, los países industrializados se aferran al sistema actual, a los beneficios de que disfrutaban, a las alianzas que el sistema ha generado. Luego de innumerables negociaciones en distintos foros internacionales, a partir de 1974, "persiste en los países industrializados la disposición a 'financiar' las situaciones de coyuntura a la 'ayuda' en el concepto tradicional, antes que a reformar o 'transformar' el actual orden económico internacional. De allí se desprenden las ideas de, por una parte, juzgar como excesivos los planteamientos de los países en desarrollo y, por otra, de hablar de grandes avances o concesiones cuando se acuerdan fondos o recursos que ni siquiera van al encuentro de los compromisos o metas ya trazadas en las Naciones Unidas"⁸.

Si permaneciera el actual orden de cosas y aceptáramos la tesis del "arrastre" o de la locomotora de la prosperidad, eso significaría dejar intocado el actual orden internacional y, además, perpetuar una situación de dependencia, de la cual tratamos de salir por todas las vías idóneas y posibles.

⁷ Richard L. Clinton. "América Latina, la región que nunca se desarrollará", en "Comercio Exterior". Vol. 28, No. 7, México, julio de 1978, págs. 816-821.

⁸ Secretaría Permanente del SELA. Informe final sobre la Conferencia de París. Mimeo. Julio de 1977.

El problema de la voluntad política para el cambio

Siendo como son tan complejas las relaciones internacionales de la hora actual, y aún más sombrías las perspectivas del futuro si el ordenamiento vigente se mantuviera intocado, poco es lo que se puede aportar como perspectivas optimistas. Los países industrializados parecen actuar, deliberadamente, con un doble estándar de conducta. Por un lado, hablan sobre la interdependencia y la paz, con la participación activa de las naciones en desarrollo en un esfuerzo conjunto que aleje la confrontación y permita el diálogo. Por otro lado, parecen buscar esa confrontación en temas tales como el de la energía y el de los productos básicos. Prueba de ello, las recientes informaciones sobre una fuerza especial que los Estados Unidos estarían organizando para asegurarse el abastecimiento de petróleo crudo.

Otra prueba de que no existe voluntad política real, por parte de los países industrializados, para construir el nuevo sistema de relaciones económicas internacionales puede ser una ligera revista al estado actual de las negociaciones entre el Norte y el Sur, emprendidas con ese propósito.

No se han hecho avances significativos respecto de los precios de las materias primas y alimentos que exportan los países en desarrollo. La Conferencia Negociadora para el establecimiento del Fondo Común llegó a un acuerdo para establecer una facilidad financiera muy pequeña, pero no han existido acuerdos entre productores y consumidores para formalizar convenios por productos y esclarecer la vinculación de estos acuerdos al Fondo Común. Pero la controversia fundamental es que los países del Tercer Mundo desean conseguir y abrir la posibilidad de influir, como productores, en el mercado de productos básicos para que, a través de los precios, puedan mantener un poder adquisitivo en términos reales, que les permita pagar por bienes de capital, equipos y tecnología necesarios para su propio desarrollo. Es decir, dignificar los términos del intercambio. Los países desarrollados, en cambio, desean una cierta estabilidad de los precios, sin relación con la inflación, que garantice "estabilidad" en los ingresos a los productores y abastecimiento a los consumidores. Hasta tanto no haya acuerdos por productos y una vinculación clara al Fondo Común que permita formar reservas reguladoras o aplicar otras medidas que eviten el deterioro de los precios, las naciones en desarrollo estarán siempre a la zaga frente al incremento de precios de las manufacturas y tecnología que compran en los países desarrollados.

No ha habido progresos en el área de las restricciones que se vienen oponiendo al ingreso de las exportaciones de las naciones en desarrollo en el mercado de los países industrializados, vistos la recesión y desempleo que estos afrontan. Las Negociaciones Comerciales Multilaterales terminaron sin que se hubiera solucionado tan espinoso problema entre el Norte y el Sur.

Otro tema en el que no ha sido posible lograr avances significativos es el de la transferencia de tecnología. Las discusiones en la Conferencia Negociadora para adoptar un Código de Conducta están casi realizadas, pues los países desarrollados no aceptan la eliminación de ciertas prácticas restrictivas en la transferencia de tecnología, ni que el Código sea jurídicamente obligatorio.

Lo mismo puede afirmarse respecto al Código de Conducta para las empresas transnacionales. Los países desarrollados se oponen con tenacidad a que el Código de Conducta sea aplicable en forma universal y jurídicamente obligatorio. Los países en desarrollo han hecho avances significativos para lograr una posición común y, en lo que respecta a la América Latina, hay ya consenso en, por lo menos, tres capítulos del proyecto de Código. Esto es importante, pues nuestra región podría, de manera unilateral, si hubiera impulso y voluntad política, imponer algunas reglas del juego que, de hecho, significaran un control de las actividades de las empresas transnacionales y su sometimiento al interés del país receptor de su inversión o sede de sus actividades.

Como muestra de los desacuerdos, parece suficiente la breve que acaba de hacerse, sin olvidar los problemas del endeudamiento externo y la falta de acuerdos para aliviar la carga de la deuda a los países en desarrollo más afectados por la crisis y el desorden monetario que prevalecen.

¿De quién es la responsabilidad del estado actual de cosas? ¿Solamente de los países desarrollados? No parecería justo hacer recaer el peso sólo en las naciones industriales. También los países del Tercer Mundo tienen su cuota de responsabilidad, sobre todo, por el estilo de la negociación. Hasta aquí nos hemos conformado con una posición meramente reivindicatoria, con la presentación de memoriales de agravios, la demanda de recursos adicionales, etc. Es como si a quienes poseen el poder les pidiéramos que lo cambien o transformen. Hace falta que las naciones en vías de desarrollo asuman la responsabilidad que significa el fortalecimiento de su cooperación e integración mutua y de su poder de negociación en los foros internacionales. Es cierto que los países industrializados no tienen voluntad política para cambiar el orden imperante. Es cierto, también, que los problemas de la economía mundial no afectan por igual a todos los países en desarrollo, pero dentro de esa diversidad hay ciertos elementos comunes que son la base de una plataforma de acción del Tercer Mundo para la construcción del nuevo sistema de relaciones económicas internacionales. Parece que es el momento de enfrentar el diálogo desde posiciones de fuerza negociadora, provocando incluso, la confrontación, si es necesario, para que haya "oídos" dispuestos a escucharnos en el otro lado de las mesas de negociación.

Abogar por un nuevo orden

Un nuevo orden económico internacional ha sido declarado. Esto no quiere decir que el orden aún imperante, que ha demostrado ser incapaz de resolver los problemas de la injusticia, del hambre y de la ignorancia de las tres cuartas partes

del planeta haya sido cambiado. Por el contrario, ese nuevo orden tiene que ser perseguido como una meta. Tiene que formarse una opinión militante en su favor en todos los países del mundo. Es un desafío a cada pueblo. Sus objetivos tienen que ser compartidos por países ricos y pobres, por sus pueblos, por sus opiniones nacionales. Solamente así habrá de tener contenido y, quizá, vigencia plenos.

Las resoluciones de la Asamblea General establecen la determinación de la comunidad internacional de trabajar conjuntamente para que este nuevo ordenamiento sea implantado. Piedras angulares del esfuerzo han de ser la equidad, la igualdad soberana de los Estados, la interdependencia, el interés común y la cooperación internacional. En consecuencia, hay que mirar el nuevo orden, no como un hecho real por habérselo declarado, sino como la gran tarea que tiene por delante el mundo contemporáneo. Por ello, cada una de las partes debe asumir, a plenitud, la responsabilidad que le corresponde para el logro del objetivo compartido.

La voluntad de establecer un nuevo orden económico internacional, a través de medidas concertadas entre países industrializados, países socialistas y países en desarrollo, hace prever un proceso largo de negociaciones, como en efecto ha sucedido, lo cual perjudica, notoriamente, a las naciones del Tercer Mundo. La postergación, en el tiempo, de las medidas que conduzcan a un nuevo sistema de relaciones económicas internacionales y a una nueva división del trabajo, les coloca en situación, cada vez más crítica en lo económico, y les hace más vulnerables a las claras intenciones divisionistas de los países industrializados.

El avance de la ciencia y de la técnica permitiría utilizar con eficiencia los vastos recursos naturales que tienen a su disposición los países en desarrollo que constituyen, por sí mismos, base sólida para el nuevo ordenamiento. Para ello, es necesario conseguir que la solidaridad sea realmente un contrato obligatorio para toda la comunidad internacional, donde los conceptos de soberanía e independencia económica por los cuales luchan los pueblos del Tercer Mundo sean entendidos como derechos incuestionables y no como actitudes extremistas que implican retaliación y coerción por parte de aquellos que aún piensan que su bienestar depende de la explotación de los recursos de los países en desarrollo.

Desde el Norte debe haber una actitud más clara y más franca de ir hacia un diálogo que no sea el de sordos que hubo en la Conferencia de París. Desde el Sur una clara conciencia de la relación que existe entre lo nacional y lo internacional como dos dimensiones del mismo problema. En este punto reside, a mi juicio, el reto mayor para el socialismo democrático, tanto en los países industrializados como en los países en desarrollo.

En nuestros países, es necesario entender que ya pasó la hora en que las negociaciones internacionales podían enfrentarse simplemente con acuerdos sobre principios generales o con un acuerdo en la lista de reclamos o memorial de agravios. Es necesario que la América Latina y las demás regiones en desarrollo

acepten que la responsabilidad primaria de su desarrollo reside en sí mismas. Que eso implica, de manera fundamental, tener la autoridad moral para reclamar un nuevo orden internacional eliminando la pobreza, la ignorancia, la enfermedad y la injusticia que aún existen en nuestros países.

Es poco menos que risible oír las voces colonialistas que se alzan desde algunos lados de nuestra América mestiza, en el sentido de que somos la clase media del mundo. Esa visión simplista ignora, de partida, las lacras de injusticia que aún prevalecen como patética protesta de un sistema económico que les margine cada vez más del progreso y la justicia. Por ello, los líderes socialistas democráticos de las regiones en desarrollo, estén o no en el ejercicio del poder, deberían tener una posición militante en favor del nuevo orden económico internacional, y, también, esbozar y luchar por proyectos políticos dentro de sus propios países que tengan como objetivo principal la vigencia plena de la justicia social. Ambos cursos son complementarios, pues no deben olvidar los dirigentes políticos que sus propios proyectos no nacen y se ejecutan dentro del reducido espacio de las fronteras nacionales. Hay todo un contexto internacional que influye directamente sobre la viabilidad de esos proyectos políticos. ¿Cómo no pensar en que es beneficioso para proyectos políticos de signo progresista - fundados en los cambios estructurales, la democracia, la libertad y la justicia social - ver ampliada su capacidad de maniobra externa e interna y ver reducidos los agobiantes lazos de la dependencia? ¿Cómo no pensar en lo valioso que sería para los proyectos nacionales, a través de la acción conjunta, incrementar el poder real de negociación de los países en desarrollo frente a las empresas transnacionales si es que se pusieran en vigencia los códigos de conducta para las empresas transnacionales y para la transferencia de tecnología? ¿Cómo no pensar lo beneficioso que resultaría, para los proyectos políticos progresistas en nuestros países, poder dignificar los términos del intercambio, incrementar nuestros ingresos de exportación, en términos reales, a través del Programa Integrado de Productos Básicos y el Fondo Común para recurrir cada vez menos a la "ayuda" de las naciones industrializadas y al endeudamiento externo? ¿Cómo no pensar en la posibilidad de negociar en términos de "iguales" con los países desarrollados para asegurar sus mercados a nuestras exportaciones?

Larga podría ser la enumeración de los beneficios que se obtendrían de la acción interna y de la solidaridad regional e interregional entre países en desarrollo en el plano político y económico. Parece necesario, sin embargo, que dados los escasísimos resultados obtenidos en las negociaciones que hasta hoy se han realizado, que los líderes políticos de nuestros países contribuyan a esclarecer las opciones políticas que pueden conducir hacia el nuevo ordenamiento que buscamos. Si bien hay temas muy técnicos envueltos en el análisis y en la negociación, no hay duda que las opciones son de claro corte político.

Un reto para el socialismo democrático

Si bien este es un reto gigantesco al socialismo democrático en el Sur, pienso que no lo es menos en el Norte. Como decía en la última reunión de la UNCTAD su fundador, don Raúl Prebisch: "Cada vez se acentúa más la sociedad privilegiada de consumo en nuestros países". Es decir, un sistema económico basado en la imitación frenética - como dijo Juan Pablo II - de las formas de consumo de los centros... No escuchemos, señor, ciertas voces del norte muy simplistas que nos dicen: ¡hay que terminar con la pobreza! Si, pero, ¿cómo hay que terminar con la pobreza? ¿Con una transformación profunda del sistema prevaleciente que es incompatible con el desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo?... (Esa Sociedad) en la forma que está funcionando, no permite realizar la integración social de las masas postergadas... Pues bien, señor, ese tipo de desarrollo, basado fundamentalmente en la inequidad social, es el tipo de desarrollo favorecido por una actitud de los centros que consiste en jugar gran parte de sus cartas para promover su desenvolvimiento. Luego se sorprenden, se quejan de la inequidad social, del hecho de que no han llegado a la gran masa postergada los frutos del desarrollo. Ello es parte del sistema que los mismos centros han venido apoyando, especialmente por medio de las transnacionales... Por donde se mire, señor Presidente, llego a la conclusión de que este tipo de desarrollo prevaleciente (y estoy dispuesto a reconocer excepciones) lleva a disipar una ilusión: la ilusión de que podíamos desarrollarnos a imagen y semejanza de los centros. No es así, señor Presidente, no hemos sido capaces de avanzar en formas propias de desarrollo que respondan a nuestra realidad económica y social. Y este es un problema que es impostergable a mi juicio: desarrollarnos en criterio propio y un gran sentido de autonomía... Aquellos economistas que dicen: bueno, en vista de los escasos resultados que hemos tenido durante quince años conviene cortar el vínculo con los centros. Como si fuera una operación parecida al corte del cordón umbilical, después de lo cual el niño va a crecer vigorosamente... Por el contrario, creo que es necesario no sólo no desligarse de los centros sino vincularse cada vez más con ellos pero en nuevas formas de relación, no en las formas pretéritas, sino en nuevas formas de relación con ellos. Sin duda alguna, ellos no están preparados, pero tampoco estamos preparados los países en desarrollo a hacer las transformaciones necesarias... Más reflexiono sobre esto, señor Presidente, y más me convenzo de que, sin un esfuerzo así combinado, sin compromisos conjugados, **sin concierto de voluntades políticas tanto de los centros como de la periferia**, no resolveremos el problema común del desarrollo.

Se trata de medidas nacionales de uno y otro lado, porque no olvidemos que en si no hay medidas intrínsecamente internacionales, todas son medidas nacionales que se conciertan y armonizan para llegar a la solución de grandes objetivos... Yo creo que en los centros ya ha avanzado la idea de que ellos no pueden aislarse con un cordón sanitario de los acontecimientos adversos de la periferia. Por primera vez están hablando de interdependencia. Claro, interdependencia entre desiguales, pero de todos modos la repercusión adversa de lo que ocurra en la

periferia de la falta de acción reacciona, tarde o temprano, sobre los mismos centros. Tal es la complejidad actual del mundo"⁹.

Esta cita de Raúl Prebisch, voz ilustre de nuestra América Latina, permite centrar el desafío a los líderes socialistas democráticos en el Norte.

En primer término, creo que debería haber coincidencia en considerar que la crisis por la cual atraviesa la economía mundial no es de carácter coyuntural, sino de naturaleza estructural. Sin embargo, cuando se trata de encarar negociaciones serias para el establecimiento del nuevo orden internacional, el mero enfoque sobre la crisis se convierte en pesado tema de apreciación. Los negociadores del Norte sostienen que es una racha pasajera, que todo volverá a sus cauces normales cuando los países miembros de la OPEP se tornen "realistas" y frenen la subida de los precios del petróleo crudo. En el reciente Congreso de la Internacional Socialista (Vancouver, noviembre 3-5 de 1978), el Presidente de la Internacional, Willy Brandt, dijo al respecto: "¿Qué debe hacerse y qué podemos hacer para vencer una crisis estructural de profundas raíces en que ha caído la economía mundial?"¹⁰.

En segundo lugar, parece obvio que es de la mayor importancia que los países desarrollados reconozcan el legítimo derecho, la necesidad y la conveniencia de que los países del Tercer Mundo adopten modelos de desarrollo que se compadezcan con su idiosincrasia, con sus identidades culturales y con la dotación de recursos materiales y humanos de que dispongan. Que no consideren los países ricos del mundo provocación y desafío el afán de independencia política y de independencia económica de nuestras naciones y que los actos de soberanía sobre sus recursos es un acto de justicia que no puede causar retaliación política y económica. Creo que la Internacional Socialista en Vancouver, por medio de su Presidente, también dejó claro este pensamiento cuando mencionó que "todas las sociedades son diferentes,... pero estamos todos unidos en el esfuerzo de crear sistemas democráticos en los cuales ninguna determinación externa o de arriba sino una responsable autodeterminación sea el principio social dominante"¹¹.

En tercer lugar, el liderazgo político del Norte debe aceptar el hecho de que la construcción de un nuevo orden internacional no puede dejarse librado a la trasnochada tesis del libre juego de las fuerzas del mercado, ni a las políticas monetaristas tradicionales. No puede ser, porque, justamente, en la raíz de la crisis de las economías desarrolladas está la incapacidad de esas políticas para solucionar el problema que significa conciliar los objetivos de pleno empleo y

⁹ UNCTAD V. Declaración hecha por el señor Raúl Prebisch en la 167a. Sesión Plenaria celebrada el 21 de mayo de 1979. Doc. TD (V)/CRP. 7.

¹⁰ Congreso de la Internacional Socialista. Discurso de Willy Brandt. Presidente. Vancouver 3-5 de noviembre de 1978.

¹¹ Congreso de la Internacional Socialista. Discurso de Willy Brandt. Presidente. Vancouver 3-5 de noviembre de 1978.

estabilidad de precios. Además, en el necesario redespiegue industrial que ha de hacerse en el nuevo orden y en la nueva división internacional del trabajo, muchas industrias, que en la actualidad no son competitivas en los países industrializados, deben desplazarse a los países en desarrollo. Si esto se deja librado a la acción de las fuerzas del mercado y a las empresas transnacionales, a su poder económico y a su influencia política, su viabilidad es casi nula. Deberá haber una concertación política, al menos, lo cual requiere una verdadera solidaridad internacional entre Norte y Sur que es posible que el socialismo democrático contribuya a crear.

Otro tema vinculado al modelo de desarrollo imitativo que se sigue en nuestros países, empujado desde los centros como afirma correctamente Raúl Prebisch, es el de la doctrina de la seguridad nacional que viene "enlatada" en la asistencia militar, venta de armamento y factores correlativos que las naciones industrializadas, en particular los Estados Unidos, dan a los países en desarrollo. En América Latina, la vigencia de esta doctrina y su aplicación han generado ya varios enfrentamientos en los cuales los derechos humanos han sido reiteradamente violados. Como ejemplo, podemos referirnos al enfrentamiento Iglesia-Fuerzas Armadas el cual va adquiriendo matices de violencia inusitada en países como el Brasil, Chile o Uruguay donde los regímenes de fuerza existentes tratan de aplicar al pie de la letra, como dóciles y fanáticos **Chicago boys**, tanto las tesis friedmanistas como la doctrina de la seguridad nacional. "Las Fuerzas Armadas con un planteamiento doctrinario en términos de la ideología de la seguridad nacional, en nombre de la cual, como lo señala Comblin, se establecen períodos opresivos permanentes (estados de sitio), se intervienen empresas y universidades, se prohíbe toda actividad sindical y se elimina todo vestigio de pluralismo político. En suma, un sistema represivo encaminado al sometimiento de la conciencia y organización populares, y al predominio, a cualquier precio, de los intereses locales y transnacionales que se benefician de este orden de cosas"¹².

En esta delicada materia, tiene que haber, por fuerza, un entendimiento político entre Norte y Sur, pues de lo contrario se dejarían intocadas las ideologías y las estructuras de penetración que afectan, fundamentalmente, nuestra posibilidad real de tener una "responsable autodeterminación".

Los líderes políticos del Norte deben tomar clara conciencia del fenómeno de la interdependencia y del peso cada vez más importante que desempeñan los países en desarrollo en el escenario internacional. En consecuencia, está en su propio interés sumar sus fuerzas y, sobre todo, su voluntad política a la de los países en desarrollo para dejar atrás un orden internacional que solamente ha beneficiado a sus creadores y construir otro que brinde a todos los países y a todos los hombres la oportunidad de dignificar su trabajo, ejercer soberanía sobre sus recursos, participar en forma activa en libertad, en las decisiones que les afectan y alcanzar

¹² Rafael Roncagliolo y Fernando Reyes Matta. "Iglesia, prensa y militares. El caso Riobamba y los Obispos Latinoamericanos". Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, ILET. México, mayo de 1978. Pág. 60.

niveles de vida dignos y justos. "Superar las diferencias entre lo que llamamos, de una manera simplificada, Norte y Sur, se ha convertido en una nueva dimensión, en una política de paz. Incluye nuestras obligaciones hacia todos los hombres y, al mismo tiempo, un bien entendido interés propio"¹³.

Hasta aquí, la tarea de implantar un nuevo orden económico internacional ha estado en manos de los países en desarrollo y de los países industrializados. Un gran ausente de la tarea y del debate es el mundo socialista. Esto cercena la dimensión universal del nuevo orden. Es necesario y urgente llegar a entendimientos políticos con los países socialistas para que estos adopten posiciones más dinámicas y activas. Durante la UNCTAD V, fue notorio su desinterés para entrar en arreglos y negociaciones de envergadura Este-Sur. Más importancia parecen atribuirle a sus relaciones militares y económicas con el Occidente y a su disputa ideológica con la China Popular.

Hay una costumbre inveterada en las negociaciones internacionales. Cuando se examina la situación de las relaciones económicas y de la economía mundial, el paciente es el Tercer Mundo. Se le examinan todos sus órganos y su funcionamiento. Es sometido a un minucioso examen radiográfico. Y luego vienen las recetas, siempre atacando el efecto y no la causa de los males. Y así vamos de enfermedad en enfermedad. Pero nunca se ha mirado, de la misma manera, a las sociedades industrializadas. Se ha partido del principio dogmáticamente aceptado, de que sus organismos están sanos, que no tienen alteraciones de ninguna clase. Y esto no es verdad. Hay crisis interna también en esas sociedades. Hay una crisis de valores. Como se sostiene en un informe de la OCDE el "primer desafío que enfrentan las sociedades industriales avanzadas es **interno** " (OCDE. Interfutures. Projet de Rapport Final. París 1978). ¿Cómo podrán esas sociedades adaptarse a las presiones engendradas por los cambios sociales, culturales e institucionales que se traducen en demandas diferentes sobre la distribución del producto social y en cuanto a la participación de los individuos en la producción y en las decisiones sociales? ¿Cómo superarán esas sociedades los conflictos de valor que dificultan la elaboración de las políticas gubernamentales? ¿Serán capaces esas sociedades de engendrar los nuevos valores, los nuevos comportamientos y las nuevas instituciones capaces de responder a los problemas de mañana? (OCDE. Interfutures. Projet de Rapport Final. París 1978). Estos son los interrogantes y los conflictos que encaran hoy en día las sociedades industriales avanzadas y su origen parece radicar en el mismo proceso de transformación experimentado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Según un informe de la CEE: "cada progreso del bienestar material y de la educación refuerza el deseo de la gente de participar en las decisiones que le concierne. Esta exigencia es rechazada por la tendencia simultánea a la concentración y al gigantismo del poder económico y a la burocratización del poder político. En la base de estos conflictos existe una insatisfacción más profunda, de naturaleza moral, que cuestiona los resultados y la significación del

¹³ Congreso de la Internacional Socialista. Discurso de Willy Brandt. Presidente. **Op. cit.**

desarrollo debido a sus efectos ecológicos, su costo humano, su ausencia de finalidad más allá de él mismo. De allí la desorientación de conciencias, un sentimiento de inutilidad e irracionalidad, fuentes de la violencia". (CEE. Un projet pour l'Europe. Bruselas 1978). Las sociedades industriales avanzadas enfrentan un proceso de "esclerosis institucional" vinculado a la formación de "oligopolios sociales" en torno de las concentraciones de poder económico en las grandes empresas, los sindicatos y el Estado.

Esta situación ha debilitado la notable capacidad de adaptabilidad ante el cambio que aquellas sociedades manifestaron durante todo el prolongado proceso de expansión de la posguerra¹⁴.

Por su parte, Willy Brandt, en el Congreso de Vancouver decía: "En los países industriales desarrollados enfrentamos la tarea adicional de lograr que los ciudadanos libres tengan una parte creciente en los procesos de decisión importantes, permitiéndoles así - guiados por los principios de la socialdemocracia - participar en poner los inevitables cambios tecnológicos al servicio de una sociedad que sea digna del ser humano"¹⁵.

Queda, pues, claro que, tanto en el Norte como en el Sur, hay necesidad de la mirada introspectiva, aguda y serena, para detectar los males que están engendrándose y que más tarde pueden ser incurables. Para ello se requiere una gran dosis de valor moral y de valor político. El socialismo democrático, si bien no es un partido internacional, sino una asociación de partidos con objetivos comunes, puede ser una de las fuerzas políticas que tienda los puentes del entendimiento político entre todos los lados de la comunidad internacional. Si hay solidaridad y claridad en los objetivos comunes entre países industrializados y países del Tercer Mundo, dentro de las líneas que se han esbozado, será posible ponerse de acuerdo en objetivos compartidos y comenzar la gigantesca tarea de construir el nuevo orden a que aspiramos.

Referencias

- Anónimo, TIME MAGAZINE. June 11 - 1979; La estructura transnacional de poder y la información Internacional.
 Clinton, Richard L., COMERCIO EXTERIOR. 28, 7. p816-821 - México. 1978;
 Ferrer, Aldo, LA ECONOMÍA INTERNACIONAL DESDE UNA PERSPECTIVA LATINOAMERICANA. - SELA. 1979; América Latina, la región que nunca se desarrollará.
 Roncagliolo, Rafael; Reyes-Matta, Fernando, IGLESIA, PRENSA Y MILITARES. EL CASO RIO-BAMBA Y LOS OBISPOS LATINOAMERICANOS. p60 - México, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, ILET. 1978;
 Secretaría Permanente del SELA, INFORME FINAL SOBRE LA CONFERENCIA DE PARIS. Julio - SELA. 1977;
 Somavía, Juan, LA INFORMACION EN EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL. p33 - México, Instituto de Estudios Transnacionales. ILET;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 44 Septiembre- Octubre de 1979, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

¹⁴ Aldo Ferrer. **Op. Cit.**

¹⁵ Willy Brandt. **Op. Cit.**